





Existen evidencias de una primera ocupación del área en momentos muy tempranos, manifestadas a través de varios hallazgos aislados. En esta fase inicial de ocupación del territorio, no podemos hablar aún de paisaje sino de adaptación al medio, utilizando los recursos de la caza y recolección como forma primordial de subsistencia y con grupos humanos reducidos inmersos en un contexto climático y geológico muy diferente del actual, caracterizado por una ancha franja costera de decenas de kilómetros hoy desaparecida bajo el mar.

No será hasta la aparición de la agricultura cuando podamos constatar un primer cambio. A partir de este momento, las comunidades empiezan a transformar el medio con la finalidad de controlar la producción; aunque continúen las actividades de caza y recolección como parte fundamental de la obtención de alimentos, el control sobre algunos animales y, sobre todo, de determinadas plantas, crearán nuevas necesidades como el almacenamiento de los excedentes, así como la permanencia en un mismo lugar, posiblemente durante varias generaciones, ejerciendo un primer control sobre el área de los recursos almacenados y sobre el espacio productivo que los genera gracias a su intencionada y planificada manipulación.

Estos primeros grupos humanos, claramente asentados en el área de estudio desde inicios del V milenio, se establecerán sobre las tierras llanas más fértiles, en las proximidades del actual Prat de Torreblanca-Cabanes, ofreciendo una visión compleja que, las más de las veces, se nos escapa. El registro manifiesta intercambios con otras comunidades lejanas, mientras desconocemos el tipo de relaciones que mantuvieron con sus grupos vecinos; ideas, símbolos, técnicas y objetos reflejan contactos que únicamente se entienden a través de la movilidad y del conocimiento y control de unos primeros ejes de comunicación que aprovecharán los pasos naturales, tanto en la propia franja costera como en el curso de los valles fluviales hacia el interior.

A finales del neolítico, tendrá lugar en nuestra zona un nuevo cambio en la estrategia de subsistencia y en la ocupación y explotación del medio. Tradicionalmente se tiene en cuenta la aparición de los primeros metales como uno de los elementos diferenciadores de la nueva etapa, frecuentemente dividida en fases a través de las evoluciones de la cultura material manifestada en el registro arqueológico y que abarcará todo el calcolítico –o quizás convendría aplicar más propiamente para nuestra zona de estudio el término eneolítico–, que incluirá la cultura del vaso campaniforme –etapa conocida como HCT u Horizonte Campaniforme de Transición– y los estadios iniciales de la edad del bronce. Estos cambios, documentados hasta hoy a través del registro de la cultura material, se manifiestan no solo por la presencia de un escasísimo metal, que no llega a influir en los medios de producción, sino sobre todo por aquellos elementos propios de las estructuras de hábitat y de gestión de los recursos. Para entender los nuevos cambios con respecto al periodo anterior, quizás deban considerarse varias hipótesis de trabajo pendientes de comprobación fehaciente y análisis: el aumento de la deforestación como consecuencia directa de la práctica agrícola; el cambio hacia un episodio de mayor aridez; las oscilaciones en el nivel freático y su relación con el retroceso de la costa; el rápido empobrecimiento de las tierras que obligaría a una mayor movilidad de los grupos humanos; el aumento demográfico constatado de manera general en otras zonas geográficas durante este mismo periodo; la especialización de grupos reducidos en determinados modos productivos como la ganadería y el pastoreo trashumante; la cada vez mayor jerarquización de las estructuras sociales y con ello de la redistribución y tenencia del territorio y las prácticas de control sobre el mismo.

Todo ello conformará un panorama cambiante, con el afianzamiento de los ejes de comunicación, la transmisión de conocimientos y el intercambio de bienes –tanto de primera necesidad como bienes de prestigio– que reforzará los rasgos culturales propios de un momento de transición con cambios espaciales (nuevos asentamientos, ocupación de lugares fácilmente defendibles, control estratégico de áreas de producción y vías naturales de paso, etc.) que acabarán configurando y dando carácter de cultura a todo el periodo conocido genéricamente como “bronce valenciano”. Un claro ejemplo de esta fase viene manifestada por yacimientos tan importantes como Orpesa la Vella y el Mortorum, cuyas estrategias espaciales en la ubicación del asentamiento y el propio tipo de

hábitat contrastan con el fondo de cabaña y las estructuras de almacenamiento documentadas en Costamar durante la fase inmediatamente posterior, lo que aportará matizaciones y novedades a la investigación del área de estudio y a la forma de entender la transición hacia el complejo periodo que supondrá el bronce final.

Los momentos hasta aquí esbozados, tendrán como consecuencia directa la transformación de las zonas ocupadas para su explotación, si bien los datos, con el estado actual de nuestros conocimientos, son difícilmente rastreables. Las comunidades asentadas aquí durante estos periodos, han alterado el medio de manera ocasional, o quizás convendría más usar el término zonal. Los cambios acaecidos no se manifiestan en la totalidad del territorio, sino en lugares concretos y en su ámbito inmediato de explotación, hasta que una zona queda debilitada, entendiendo como tal la minoración de los recursos que se traduce en la búsqueda y captación de nuevas áreas de producción, con lo que la comunidad se traslada a otro punto, no demasiado lejano, para poner en producción nuevas tierras sobre las que deberán ejercer un control que, en ocasiones, pudo entrar en conflicto con los intereses de otras comunidades vecinas, lo que podría explicar la creciente tendencia hacia la ocupación de puntos estratégicos de fácil defensa y la progresiva tendencia a amurallar estos enclaves durante determinados periodos.

A pesar de esta aparente conflictividad, las redes de intercambio se hacen más intensas y se afianzan, incorporándose a partir del siglo VII aC un nuevo mercado que confiere un especial protagonismo al mar; la extensa red de distribución de productos provenientes de las colonias fenicias arriba a nuestra costa a través de la navegación de cabotaje. Los primeros intercambios se realizarían en la playa y traerán consigo novedosos productos que, en su mayoría, acabarán en manos de las incipientes élites locales. La fase de ocupación de este momento, constatada en el asentamiento del Tossal del Mortorum, invita a pensar en pactos comerciales entre la comunidad de dicho enclave y los comerciantes venidos por mar. Al margen de otros productos perecederos que formaran parte de las negociaciones, la abundante presencia de restos de ánforas fenicias documentadas en las excavaciones en curso, nos habla de la introducción de un nuevo producto elaborado que confiere a su poseedor un gran prestigio: el vino. ¿Pero cual era el producto de intercambio? Sabido es que a los nuevos comerciantes se les ha llamado también “prospectores de metal” y conocemos las explotaciones de hierro y galena argentífera del Mortorum y de la Font del Campello en época moderna, si bien no se han hallado pruebas aún de una explotación tan temprana. Creemos factible que esta primera explotación pudiera darse, si bien no hay que olvidar otro tipo de factores que facilitaría el afianzamiento de estos contactos, como son el dominio de una vía de paso hacia el interior, o la propia explotación de productos agrícolas. Sea como fuere, lo que sí parece comprobarse a través de las excavaciones y prospecciones realizadas es que, tras este primer momento de contacto, se abandonará el asentamiento del Mortorum y surgirán un gran número de pequeños núcleos repartidos junto a los principales cauces fluviales, que configuran y determinan los ejes de comunicación ordenando por vez primera un paisaje antropizado que parece estar relacionado con el punto de arribada por mar, y que acabará convirtiendo al asentamiento costero de Torre la Sal en un verdadero centro de redistribución de productos.

Será a partir de ahora cuando Torre la Sal empezará a despuntar como un foco de atracción comercial dentro del área de estudio. Su conversión como punto de desembarco e intercambio se verá reforzado por el comercio griego y púnico, aunque será más tarde, ya durante los siglos II y I aC, cuando experimentará su gran eclosión, manifestada a través de una verdadera ciudad que ejercería un amplio control a través de su red de caminos, ahora ya efectivas vías con tramos construidos. Aunque aún es pronto para aventurar conclusiones, todo parece indicar que en este asentamiento se concentraría una élite local capaz de organizar y dirigir un amplio territorio. Los restos excavados hasta el momento nos revelan una trama urbana planificada y creada en torno a las principales vías de entrada y salida, unas avenidas bien delimitadas a partir de las cuales se asientan viviendas espaciales, con las principales estancias pavimentadas con suelos de guijarros; con edificios independientes que funcionarían como almacenes; con áreas de almacenaje cercanas; sin olvidar la presencia de la necrópolis, área sagrada y a la vez símbolo de poder y prestigio y por tanto ubicada junto a una de las principales vías de acceso a la ciudad.

Pero esta visión sobre el comercio marítimo no debe llevarnos a engaño; este comercio se desarrollará durante los meses en que la navegación es posible, o sea en primavera y verano, mien-

tras que el resto del año la actividad mayoritaria continuará siendo la agricultura y la ganadería, sin olvidar claro está las actividades artesanales que, con diferentes grados de especialización, tendrán cabida tanto en el interior de la ciudad como en sus alrededores. Aunque no se han realizado aún los análisis sobre la totalidad de los restos recuperados, la presencia de diversos tipos de silos y cubetas documentadas en las excavaciones en varios sectores del área de estudio, confirman una intensa actividad agrícola, bien como reserva de un nutrido grupo de población o bien como almacenaje de un producto con el que comerciar.

Algunos de los núcleos de hábitat documentados para la fase de formación del periodo ibérico se mantienen, otros se han abandonado y han surgido nuevos asentamientos a lo largo del eje norte-sur (barranco de Miravet hacia el corredor marítimo) sin olvidar el eje oeste formado por el barranco del Campello. La explotación del territorio se acrecienta con la puesta en cultivo de nuevas tierras, aunque aún es pronto para determinar qué tipo de cultivos y en qué grado afectará al medio, por ejemplo en lo relativo a la deforestación y su consecuencia inmediata sobre la cubierta sedimentaria, aunque empezamos a documentar algunos cambios importantes, manifestado a través de la identificación de un paleocauce totalmente colmatado y en cuya excavación se han recuperado restos de la cultura material de este periodo.

El proceso de cambio de este momento final de la cultura ibérica, la romanización, conlleva una nueva reestructuración del macro-territorio del que no escapará esta ciudad y sus asentamientos satélites. La nueva situación jurídica, política, social y cultural se manifestará con la creación de colonias romanas, el inicio de nuevas ciudades o el engrandecimiento de algunos de los núcleos preexistentes que a finales del siglo I aC y sobre todo tras el cambio de era, no sólo se convertirán en los nuevos centros de poder efectivo sobre territorios bien delimitados y gestionados, sino que además desarrollarán grandes proyectos edilicios. Es el momento de las grandes obras públicas, con la readecuación y/o creación de ejes viarios bien planificados por y para Roma, de infraestructuras hidráulicas, monumentos públicos y un largo etcétera que se manifestará a través de un gran cambio en la concepción del paisaje que pasará de ser un concepto meramente zonal, a integrarse en un amplio macro-paisaje de carácter global.

Esta nueva concepción del territorio afecta de manera drástica la creciente ciudad de Torre la Sal que, a finales del periodo ibérico sufre el abandono paulatino de su población. Las causas de este temprano declive serán múltiples, aunque de momento no podemos más que empezar a esbozar algunas de ellas: reordenación de las líneas de comercio con el auge y engrandecimiento de ciudades como Tarraco y Dertosa al norte y Saguntum y Valentia al sur; reordenación del *ager* destinado a nuevos cultivos más especializados y explotados desde un nuevo tipo de asentamiento, las *uillae*; el tipo de implicación –directa o indirecta– en los conflictos bélicos de este periodo y las consecuencias derivadas de la misma; aspectos medioambientales como la manifiesta trasgresión marina o de otro tipo que pudieran alterar la salubridad de la zona; por no olvidar que, ya a finales del siglo I aC, como remate final o incluso como reflejo de la nueva situación, se culmina la Vía Augusta que discurre por los valles interiores, convirtiéndose en el nuevo eje de reordenación del territorio y que remarcará el decaimiento de la Vía de la Costa que pasará a ser un eje de segundo orden.

Todos estos factores, o más bien la combinación de todos ellos, pueden ser la causa del traslado de la población a otros núcleos de la costa. Las ciudades favorecidas por Roma experimentan un crecimiento poblacional, probablemente nutridas por las zonas en proceso de abandono; quizás estos movimientos migratorios internos puedan explicar asentamientos como el de Torre d'Onda (Burriana), de nueva creación a mediados del siglo I aC y que apenas perdura hasta el cambio de era.

La nueva gestión territorial se traduce en un abandono generalizado, no solo de Torre la Sal sino también de casi todos los núcleos de hábitat ubicados en el área de estudio. A través de los datos obtenidos durante las investigaciones de campo, los asentamientos de El Tancat y El Brosseral, con indicios de ocupación durante el ibérico final, se constituyen como dos posibles *uillae* entre los siglos I y VII. En Torre la Sal se han documentado algunos materiales pertenecientes a producciones alto-imperiales que reflejarían una frecuentación del yacimiento, si bien de momento nada indica que vuelva a ser ocupado de manera estable. Igualmente se han documentado materiales aislados bajo-imperiales, en posición secundaria y formando parte de rellenos de silos fechados en época islámica, lo que apunta a la perduración de un reducido grupo disperso en algún punto cercano aún no identificado.

Como hemos visto, el paisaje ha ido evolucionando, alternando periodos de total abandono con otros periodos caracterizados por una fuerte antropización. Quedan muchos interrogantes en el aire para cada fase analizada y no siempre podremos obtener respuestas inmediatas.

Las actuales trazas parcelarias no dejan entrever posibles ordenaciones mediante la aplicación de centuriaciones; más bien su ubicación parece obedecer a la continuidad de pequeños núcleos de hábitat anteriores –quizás como evolución de una pequeña casa de labor ibérica– que explotará las tierras inmediatas delimitadas físicamente por la existencia de dos barrancos, el de Els Perxets y el del Campello. El núcleo mejor conocido, El Tancat, parece configurarse como un amplio asentamiento de carácter rural que perdurará cuando menos hasta el siglo VII.

Los datos parecen evidenciar un abandono generalizado hasta el periodo andalusí, caracterizado por el asentamiento de una nueva cultura que conllevará una desigual y profunda transformación de toda el área. Constatado al menos desde el siglo X, el nuevo modelo de ocupación manifiesta una distribución espacial de los asentamientos con una clara funcionalidad agrícola basada en la irrigación. En la zona interior se reparten los diferentes espacios en torno a los barrancos y a lo largo de los caminos; así, a lo largo del barranco de Miravet, las evidencias derivadas de los trabajos de campo se localizan a media ladera, entre pequeños barrancos y en zona de solana; en la llanura aluvial, la disposición se efectúa a lo largo del barranco del Campello y del “Camí de les Torres”, mientras que al este de la sierra del Señor o de Oropesa, se ubican a media ladera y a solana a lo largo del “Camí de la Fusta” que enlaza Oropesa del Mar con el paso del Miravet. En la zona costera, en la que se han documentado abundantes restos durante las excavaciones realizadas, no se han identificado hasta la fecha espacios de hábitat, pero sí una gran necrópolis, varias áreas de almacenaje y con un nuevo elemento que configurará y organizará las áreas productivas agrícolas como son las estructuras relacionadas con la explotación de los acuíferos subterráneos.

Asistimos a un nuevo concepto de explotación territorial, organizados administrativamente desde enclaves de defensa/refugio situados en puntos elevados que dominan los pasos y agrupan territorialmente a la población dispersa por la llanura aluvial. Aunque carecemos de documentación específica sobre el área de estudio, los datos arqueológicos parecen estar reflejando un mundo estructurado en clanes familiares, con una repartición ordenada y bien delimitada de las tierras, sean estas privadas o comunales, si bien tendremos que esperar a futuras excavaciones para determinar aspectos tan fundamentales como la coetaneidad de los diferentes espacios de hábitat existentes a lo largo de todo el periodo, que abarcará al menos desde el siglo X a la primera mitad del XIII.

Durante este periodo hemos podido constatar la primera explotación clara de los recursos hídricos con destino a la irrigación, lo que implica un nuevo concepto en la construcción del cambiante paisaje analizado. Si bien no se han podido documentar hasta la fecha estructuras de regadío y de captación y reparto de aguas a partir de los barrancos (Miravet/Chinchilla y Campello fundamentalmente), la distribución y ubicación de los posibles asentamientos prospectados parecen obedecer a una aplicación de nuevas técnicas en la explotación de los recursos acuíferos, sin que podamos descartar la existencia de zonas de cultivo de secano más extensivas, así como la práctica del pastoreo, completando así la visión que nos ofrecen las intervenciones del área costera con la existencia de pequeños núcleos de huerta asociados a la explotación de los acuíferos subterráneos mediante la extracción del agua de manera manual –pozos– y de tracción animal –cenias–.

El avance de las investigaciones plantea nuevas preguntas sobre las relaciones de las comunidades campesinas andalusíes, sobre los modos productivos, su efectividad y perduración, etc. La construcción de un pozo supone la aplicación de unos conocimientos técnicos y un esfuerzo considerable; entonces, ¿por qué motivo son cegados de manera intencional? Todas las estructuras documentadas se caracterizan por presentar cuantiosos restos de desechos de fauna, malacología y sobre todo cerámicos y pétreos, constatados desde su superficie hasta el fondo de manera ininterrumpida. La decisión de tapar un pozo implica anular su funcionalidad y con ello un cambio en el uso del espacio irrigado inmediato; ¿estamos quizás ante reordenaciones parcelarias derivadas de las relaciones de tenencia de las tierras como cambios de propiedad o pérdida de los derechos de uso?; ¿o tal vez se trata de una sobreexplotación del acuífero que provoca una bajada puntual del nivel freático, con la consiguiente invasión del agua de mar que provocaría la salinización de las tierras?; ¿tienen todas las estructuras como finalidad la creación de reducidos espacios irrigados?; ¿algunas están destinadas al drenaje del área para la puesta en cultivo de nuevas tierras?; ¿de qué modo se

gestiona el espacio de trabajo?. Aunque aún no tengamos las respuestas, deberemos empezar a reflexionar sobre estas cuestiones, y sobre todo necesitamos interrogar al registro arqueológico que se documenta día a día, de modo que nos permita generar nuevas preguntas.

Durante la primera mitad del siglo XIII asistimos a una nueva situación de carácter sociopolítico: la conquista cristiana. El retroceso de las tropas almohades en las zonas de frontera, crearán un vacío manifiesto y el desamparo de los campesinos andalusíes ante el avance cristiano; en estos momentos se producen movimientos migratorios de algunas de las comunidades islámicas situadas en las zonas fronterizas. Tras la toma de Burriana, se irán tomando los principales núcleos costeros hasta que finalmente cae Valencia. Se poseen abundantes datos históricos para este periodo gracias a las crónicas que relatan el avance y a las reparticiones del nuevo territorio conquistado. A pesar de ello, no existen tantos datos contrastables para los momentos iniciales ni de cómo afectó el nuevo estatus a las pequeñas comunidades asentadas desde varios siglos antes en áreas como la que estudiamos. Ni siquiera se hace mención a la toma de los castillos de nuestro ámbito, quizás porque fueron abandonados ante el avance de las tropas cristianas, quedando únicamente como refugio de algunas de las gentes que habitaban en las pequeñas alquerías de los alrededores, quienes pactarían su rendición. El único hecho que hemos podido constatar hasta el momento, gracias a las excavaciones y prospecciones efectuadas, es que durante este periodo se asiste al abandono de los lugares de hábitat y se inutiliza la mayor parte del sistema de riego creado con anterioridad. Las estructuras documentadas para la fase andalusí en el área excavada no presentan indicios de una reutilización posterior. ¿Estamos quizás ante una salida forzada de la comunidad andalusí o se da un reagrupamiento de la población en los núcleos mejor defendidos? A partir de este momento, pese a las donaciones efectuadas por Jaume I y todos los esfuerzos posteriores en la repoblación del área, únicamente parecen ser ocupados los puntos estratégicos como los castillos y los núcleos de población más fuertes, quedando tan solo la villa de Oropesa del Mar –protegida en la medida de lo posible por su castillo– la villa de Cabanes situada en el interior y la de Torreblanca al norte, manifestándose el despoblamiento total del área de estudio cuyos habitantes parecen agruparse en torno al castillo de Miravet y al nuevo núcleo fortificado de Albalat.

El vacío constatado en el registro arqueológico del área es rellenado por la documentación histórica que nos permite acercarnos a un paisaje totalmente diferente al anterior: un paisaje de frontera. A partir del siglo XV, la creación de torres y fortificaciones destinadas al refugio ante los frecuentes ataques piratas y la insalubridad de la zona, agravado por el abandono de las tierras y de la inexistente renovación de las aguas del nivel freático gracias a la agricultura de regadío, serán la tónica que dominará durante varios siglos en los que la zona aparece prácticamente vacía. Los espacios de trabajo estarán claramente ligados a las áreas inmediatas a los núcleos de hábitat, con escaso regadío y abundantes áreas destinadas a pastos en el resto.

Tendremos que esperar a la segunda mitad del XIX para observar nuevos cambios en el paisaje, con la introducción de nuevos cultivos como el naranjo y el almendro que irán sustituyendo paulatinamente los “*garroferals*”; a partir de este momento se constata el inicio de la nueva ocupación del valle, con la proliferación de casas de campo aisladas, en ocasiones asociadas a cénias y con la creación de varios caseríos como los del Borseral, El Tancat y El Rench. El afianzamiento del eje de comunicación norte-sur se refleja a través de la creación del ferrocarril, la carretera nacional y finalmente la autopista, relegando a un segundo plano el eje por el interior del barranco de Miravet y la penetración hacia el oeste que constituirá un eje secundario local por el Camí de la Ribera. Finalmente, el sector de la costa, quedará configurado como un paisaje destinado fundamentalmente al ocio y al turismo.

Como hemos visto, el paisaje ha ido evolucionando, alternando periodos de total abandono con otros periodos caracterizados por la fuerte antropización. Quedan muchos interrogantes en el aire para cada fase analizada y no siempre podremos obtener respuestas inmediatas.

Como dejó escrito P. Guichard (2003), “*Más que en el caso de la historia basada en los textos, la arqueología requiere una gran paciencia. Los hallazgos que no es posible contextualizar históricamente, pueden encontrar la posibilidad de ser integrados en la historia al cabo de veinte o veinticinco años.*”

